

En la medida en que la imaginación irrumpe en la silogística, estamos comprometiendo la posibilidad de un conocimiento “trascendental”, de una lógica que no dependa de la experiencia. Sin quererlo, el autor introduce sutilmente la imaginación en la definición clásica de “silogismo”. Con ello, la lógica deviene, tarde o temprano, psicología.

En otras palabras, el autor —de la mano de Avicena— parece sugerir que el silogismo imaginativo no tiene como modelo ideal al apodíctico. La poesía parece razonar con suficiencia sin aspirar, tan siquiera, a cumplir con elegancia los principios lógicos. Su validez no radica en el esquema, sino en un proceso interno, personal, psicológico. Esta separación de campos no deja indemne la teoría de la demostración de *Análiticos*. Ni la demostración ni el *nous* son la última palabra. Nuestro pensamiento se ancla a un proceso psicológico. La teoría del pensamiento se aproxima a una teoría psicológica de la imaginación. La silogística habría de ser, entonces, reformulada considerando también los procesos psicológicos. López Farjeat abre al caja de Pandora en el *Corpus*, de ella escapan el

psicologismo y el empirismo contra los que lucharon Platón y Aristóteles.

Héctor Zagal
Universidad Panamericana

Juan A. MORENO: *El método en la filosofía agustiniana*, Málaga: Universidad de Málaga 2002.

Juan Antonio Moreno (Málaga 1973) acaba de publicar su primer libro, su tesis doctoral. Ha indagado en la trastienda de la filosofía agustiniana. A través de la exposición del método agustiniano, nos descubre la insólita unidad que se esconde detrás de toda su doctrina.

Su libro consta de tres partes bien trabadas. La primera —con cierto contenido histórico y biográfico— muestra cómo San Agustín se encuentra y resuelve el problema del método. Nos explica el itinerario intelectual agustiniano desde su lectura del *Hortensio* de Cicerón con 19 años hasta su conversión cristiana.

En la segunda parte, “La articulación teórica del método agustiniano”, estudia la doble amonestación agustiniana para salir de la dispersión exterior de la atención intelectual, y para

concentrarla en su interior: *Noli foras ire, in te ipsum redi*. Tras la concentración tiene lugar el autotranscendimiento, que no es más que el trascendimiento de la propia persona para alumbrar desde más allá de ella. Su inteligencia se trascendió a sí misma penetrando en el ámbito inmenso que la verdad había abierto en el interior de su mente. La razón se reconoce con capacidad de progresar en el conocer, lo que le lleva directamente a encontrarse mutable. Estos descubrimientos son simultáneos con el descubrimiento de la propia intimidad humana y de la iluminación de la verdad.

Cuando San Agustín tematiza la intimidad humana obtiene indicios de que está abierta en modo de búsqueda hacia la trascendencia que es superior y más íntima que su misma intimidad. La suma verdad tensa la investigación filosófica irrestrictamente. Esta tensión es dual porque por una parte la verdad toma la iniciativa sobre el intelecto y por otra parte el intelecto sale a su búsqueda. Es sobre todo el conocimiento de la propia incompletitud y mutabilidad humana lo que inclina a la inteligencia a descubrirse iluminada. Sólo puedo trascenderme a mí mismo cuando he entrado en mi interior

y me he conocido mutable y abierto en mi intimidad.

Como la vinculación con la verdad divina exige una respuesta por parte del hombre, tampoco culmina el método agustiniano con el descubrimiento de la inhabitación e iluminación divina. El hombre está interpelado, y al autotranscenderse descubre esa interpelación. De modo que cualquier actividad filosófica (en cuanto que búsqueda intelectual de la verdad) es una respuesta a esa interpelación. Al ser una respuesta y no una iniciativa del hombre, el hombre ha de juzgar a la luz de la verdad si su respuesta es o no congruente con ella. Es en este momento del método cuando San Agustín se da cuenta de que por sí solo no puede establecer una relación congruente con la verdad. Se encuentra desorientado porque una vez que se ha autotranscendido no sabe cómo sacar provecho metódico a su autotranscendimiento. El autotranscendimiento prepara a la persona para acoger el don pero no obliga al don; no pueden forzar una nueva y más plena iniciativa de la verdad. El don de la revelación y de la fe es inmerecido. El hombre sólo puede intentar convenir con la verdad todo lo que pueda, aunque consciente de que su convenir con la

máxima conveniencia siempre será insuficiente sin el don

Según Moreno, en el comienzo de su filosofar encontramos la inspiración rectora de todo su pensamiento: el autotranscendimiento se procesualiza acudiendo al aprovechamiento metódico del don a través de la fe. En San Agustín esta procesualización se concreta en el diálogo intelecto y fe. Este diálogo, siendo donal, otorga un carácter donal a toda su filosofía transformándola en filosofía cristiana. Para ello Moreno muestra la función que tiene en su filosofía la sabiduría donada. También estudia el amor incondicional a la verdad como don ganado por la fe, la búsqueda del ocio filosófico y el diálogo donal con las demás filosofías, acogiendo lo que tienen de logros verdaderos en su búsqueda del conocimiento de la verdad.

En la tercera y última parte del libro, "Algunos resultados antropológicos y teológicos de su método donal", Moreno demuestra que el método descrito en la segunda parte es el que inspira y articula su antropología y su teología. Para ello se detiene en los aspectos de su filosofía más relevantes. Toma el buen criterio de no reproducir todos los razonamientos concretos que

dieron lugar a sus resultados antropológicos. En ocasiones el autor muestra cómo la aplicación del método agustiniano podría haber dado soluciones que amplía los resultados agustinianos, lo cual es obvio pues —según afirma el autor en su introducción— San Agustín no agotó todas las aplicaciones de su método.

La ampliación del autotranscendimiento a través del recurso al don va a preguntar a Dios cómo somos: "*¿Cómo soy?, Dios mío*". El método consistirá en contemplarse en la Trinidad revelada de la que se nos dice somos imagen y semejanza, y en contemplarnos en Cristo que nos revela a Dios y al propio hombre. También explica Moreno cuáles son los principales factores que hacen que la investigación antropológica sea tan difícil: 1) el riesgo de simetrizar los conocimientos sobre la naturaleza aplicándolos al hombre, 2) el carácter mutable del hombre, y 3) el riesgo de excluir al filósofo de la investigación. El autor muestra cómo estos factores son detectados y superados por el método agustiniano, con lo cual se hace viable la antropología.

Respecto a la teología, expone primero lo que san Agustín considera que puede llegar a saberse

de Dios con el mero autotrascendimiento: *Intellige ut credas*. Después Moreno distingue entre este *intellige ut credas* previo a la fe y el *intellige ut credas* posterior al *crede*. A este segundo lo denomina “de 2º grado” y es el que dialoga con la fe: *crede ut intelligas, intellige ut credas, crede ut intelligas...* es un bucle inacabable en el que fe e inteligencia crecen. Finalmente el autor explica cómo san Agustín aplica el diálogo donal intelecto y fe para profundizar en la cuestión unitrina, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. De este modo aparece un elenco de los principales temas teológicos tratados por San Agustín.

El valor de este libro consiste en mostrar la importancia del ajuste entre método y tema en la filosofía agustiniana. La herencia recibida del profesor Ignacio Falgueras, de quien él se considera discípulo, es evidente. Moreno acaba el libro proponiendo la actualidad del método agustiniano para seguir haciendo filosofía hoy. Las razones que nos da son estas: “el autotrascendimiento permite que el hombre empiece a conocerse a sí mismo desde sí mismo, y no como un ente. La vía interior evita que se simetrice al hombre con la naturaleza como pretende una antro-

pología ‘metafísica’. Además, el autotrascendimiento posibilita que el hombre conozca la verdad más allá de la intuición platónica que causó el olvido del ser según Heidegger. El aprovechamiento metódico del don permite que exista un continuo progreso en el conocer y en el crecimiento de la persona. Con su método el hombre queda entendido como una multiplicidad coimplicada y jerarquizada de dualidades tensadas de mayor a menor, de modo que todo lo humano encuentra su lugar en su método. En cuanto a la teología, su método pone la inteligencia completamente al servicio de los datos de fe haciéndola rendir al máximo. Además permite el crecimiento de la fe y dispone al hombre para aceptar más datos revelados”.

Por José Ma. Martín
Universidad de Málaga

Copyright of *Tópicos. Revista de Filosofía* is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.